

y sin mancha lejos de él. Y no desconfíes de ella—prosiguió mirando á la sala y dirigiéndose á las dos esfinges; —no desconfíes de ella, porque es muy buena.»

Salomé movió la cabeza en señal de duda.

«Es muy buena, muy buena compañera mía—continuó la devota.—Aunque el mundo trató de corromperla, ella tiene muy buen fondo, y el alma está santa: lo he conocido. Perderá la corteza de las viles pasiones que el mundo le ha enseñado. Estoy tan interesada en su salvación, que quiero unirme á ella para toda la vida y salvarla conmigo. ¡Os aseguro que así será! Amadla vosotras, que Dios manda amar á los pecadores, sobre todo cuando están arrepentidos. ¿No es verdad que estás arrepentida, hermana?»

No se oyó ninguna respuesta. Clara contestó sin duda que sí con un movimiento de cabeza. El sermón de la devota dejó un eco en la sala.

«Señoras: para concluir, me permitiré una observación—dijo don Gil.—Yo no veo un escándalo en que la señora doña Clarita salga en la procesión de las vírgenes. Al contrario, bueno es que ostente la hermosura, que es obra de Dios; y la mujer que se esconde y no sale, impide que se admire una obra de Dios, cual es la hermosura. Esa joven es un ejemplar prodigioso de las hechuras de Dios, y haciendo que todos la vean es como se publican las alabanzas del autor de tantas maravillas.

—Señor don Gil—objetó María de la Paz haciendo esfuerzos para aparecer serena:—no creía yo que fuese usted tan libertino. Vamos, nosotras teníamos de usted otra idea; creíamos que...

—Yo soy, señora, un hombre como los demás. Admiro las obras bellas de la Naturaleza, y una mujer hermosa es...

—Por Dios, señor de Carrascosa: en verdad tiene usted unas cosas...—dijo Salomé pasando la mano por el fragmento de cabellera que entre su apergaminada frente y su tocado aparecía.

—¡Jesús! repórtese por Dios—dijo desde dentro la devota.—Me horrorizan sus palabras.»

Algo más duró el importante diálogo; pero don Gil, viendo que no sacaba partido de las tres pécoras, varió de asunto, aunque con poca fortuna, porque sus amigas le mostraron mucho despego durante toda la visita. Al fin determinó marcharse; se levantó, hizo mil cortesías, les reiteró su respeto y admiración, prometió volver pronto, y se fué.

Al llegar á la calle miró á todos los lados como buscando á alguno, y al poco rato salió del portal de una casa inmediata el joven militar que hemos conocido desde el principio de esta historia.

«¿Qué hay?—preguntó á Carrascosa con mucho interés.

—Nada, no quieren. Esas viejas son unos demonios—contestó riendo de muy buena gana el abate.—Me parece que por ese camino no conseguiremos nada.

—¡Diantre de viejas!

—No la sacamos de esa casa si no ahorcamos á las tres arpias de los tres balcones, y á Coletilla del tejado.

—Estoy decidido ya á lo que te dije ayer. Si no la puedo sacar, me vuelo yo dentro.

—¡Hombre, qué empeño!... Eso ya pica en historia. Vámonos de aquí, que si Coletilla nos ve, de seguro cae de su burro; vámonos y hablemos del asunto.

—Eres lo más inútil... Verás si yo la saco.

—Quisiera verlo,—contestó Gil; y los dos se alejaron en dirección á Santa Bárbara.

—Ya tú has olvidado tus antiguas mañas, diablo de abate; ya no sirves para el caso. A ver cómo puedo yo entrar ahí; discurre un medio, un ardid cualquiera: ¿para qué te sirve esa travesura? á ver.

—Hay un medio magnífico,—contestó Carrascosa.

—Pues explícatelo pronto.

—Voy á explicarlo.»

## CAPÍTULO XX

### Bozmediano.

Antes de dar á conocer en toda su extensión el coloquio de estos personajes, conviene dar noticias de uno de ellos, ya harto conocido por el lector. El militar que en el segundo capítulo de esta historia vimos prestando auxilio á Coletilla y después introduciéndose furtivamente en su casa, se llamaba don Claudio Bozmediano y Coello. Ya era tiempo de decir su nombre. Tenía treinta y dos años, y servía en el ejército con el grado de comandante. Su padre fué uno de los venerables legisladores de Cádiz. Hom-



bre de talento, de notoria probidad, de elevada cuna y agradable presencia, había sido siempre muy amado de sus compatriotas. A la vuelta del Rey fué perseguido como todos, y tuvo que emigrar. Pero restablecido el sistema constitucional, el viejo Bozmediano volvió a España y ocupó uno de los más elevados puestos en la política.

(Con el nombre de Bozmediano conoceremos en esta historia al hijo de aquel varón ilustre, cuyo verdadero nombre no podemos usar en nuestro relato por ser un personaje contemporáneo de memoria muy reciente.)

Bozmediano, padre, era liberal de corazón. Trataba al Rey, y es seguro que hizo todo cuanto cabe en fuerza humana para dirigir por camino recto la torcida voluntad de aquel soberano falaz y perverso. Era rico, y jamás le movió el interés en asuntos políticos. El amor a su hijo y el patriotismo eran dos sentimientos profundos que, enlazados y confundidos, ocupaban todo su corazón.

Bozmediano, hijo, que es el que más conocemos, era un joven de excelentes prendas; pero tenía un defecto que la edad disculpaba. Era tan aficionado a las muchachas, que el galantearlas entretenía la mayor parte de su vida, robando tal vez a la patria grandes servicios. No era un libertino: las quería con toda la buena fe que el naciente siglo XIX permitía; y aunque él aseguraba no haber encontrado la suya, entreteníase con las demás esperando. Pero al fin, ó la había encontrado, ó había encontrado una que de fijo le entretendría más que las otras.

Después que conoció a Clara, había perdido el reposo. No sólo la joven aquella, por sus cualidades y encantos personales, le interesaba mucho, sino que en su vida había encontrado un misterio, para él interesantísimo, por ofrecerle lo que siempre buscaba con más afán: una aventura.

La aventura se presentaba singularmente dramática, excitando al mismo tiempo el amor y la curiosidad de Claudio. La soledad de aquella huérfana que vivía en compañía de un viejo excéntrico, la tristeza y necesidad de desahogo que en ella había notado, eran causas bastantes para estimular un espíritu menos impresionable y caballeresco. Su intento, su gran aspiración, era descubrir el misterio de aquella casa, y después salvar la encantadora y desdichada muchacha de la odiosa tutela de su guardián.

«Hay varios medios de entrar en la casa—decía Carrascosa tomando el brazo del militar:—pero hay uno

que es excelente. Esas viejas tienen un arrendatario que ahora debe venir a pagarles sus rentas, lo poco que tienen. Lo sé por Elías. Estamos al aviso, le compramos, le hacemos escribir una carta diciendo que está enfermo y que envía a su hijo con el dinero; usted se disfrazará de labriego, entra en la casa, y una vez allí, ¡cataplum! le ha dado un desmayo, un accidente terrible. No tienen más remedio que dejarlo en la casa... le meterán en un desván, y durante la noche, cuando ellas duerman, se apoderará de la chica, y... a la calle.

—Calla, imbécil: eso no puede ser. No sé en qué comedia he visto eso, que es muy bonito en el teatro; pero en la vida... Yo quiero entrar en mi traje habitual, con mi nombre... pero es preciso un pretexto, porque supongo que esas viejas serán la misma desconfianza.

—Armarán un escándalo y será tal el vocerío, que se oirá en Jetafe. Es preciso ir con tiento.

—Pero, hombre—dijo Bozmediano, que no tenía noticia de que semejantes tipos existieran en el mundo,—¿qué gente es esa?... ¿Cuál es su carácter, su vida, sus hábitos, qué hacen y por qué está ahí esa pobre muchacha?

—Dichoso usted que no conoce a esas diablas de Porrreno. Son los pájaros más raros que hay en el mundo. Cuando tengo mal humor voy a reirme con ellas, oyéndolas disparatar. Fueron ricas, pero han venido a menos; creo que el día menos pensado se comerán unas a otras.

—¿Y en qué se ocupan?

—En nada, mejor dicho, en rezar. Una de ellas es santa, y le aseguro a usted que cuando se pone a hablar de sus santidades, es cosa de morir de risa. ¡Y qué impertinentes son! Cuando les propuse lo de la procesión, con objeto de sacar de allí a Clarita, se pusieron hechas unos grifos. Ya me figuré yo que no consentirían; y en verdad, amigo, que el proyecto que acaba de fracasar era atrevidillo.

—¿Y cómo ha venido aquí esa Clarita?

—Yo no sé: cosas de Elías.

—Hombre, hábleme usted de ese Elías. El día en que le conocí por primera vez me parecía lo más raro del mundo. Ya había yo oído hablar de Coletilla.

—Elías es un loco rematado, es realista; pero con un fanatismo que le llevará hasta el martirio.

—¿Y quiere a esa joven?

—No sé: yo lo dudo. Coletilla no ama más que al Rey, mejor dicho, al Príncipe real.



—Pues bien: á ver cómo me introduces en esa madri-guera.

—Es preciso entrar de *ocultis*,—dijo con la más maliciosa sonrisa el abate.

—¿Y qué sacamos de eso?—contestó en el colmo de la confusión Bozmediano. Entro, por ejemplo, de noche: si alguna me ve, me creará ladrón, chillará, y entonces... ¡bonita aventura! Además, Clara no está prevenida, no tiene relaciones conmigo. ¿Qué voy yo á hacer allí? Yo quiero introducirme sin que se sospeche nada, entablar amistad con ella.

—Tengo una idea,—exclamó Gil golpeándose la frente.

—¿A ver?

—Usted va á entrar en un momento en que Clarita esté sola,

—¿Sola? Pues esos demonios, si salen alguna vez, ¿la dejarán allí?

—Sí.

—¿Y cuándo salen?

—Yo me encargo de averiguarlo y de arreglar eso.

—Explícate mejor.

—Lo primero que usted debe hacer, señor don Claudio, es escribir una carta á la niña. Yo también me encargo de eso.

—Bien: ellas salen; probablemente la dejarán encerrada. ¿Cómo entro yo? ¿Voy á estar descerrajando puertas?

—No, señor: usted entrará cómodamente y sin ruido.

—A ver cómo es eso, diablo de abate.

—¿Recuerda usted aquel vestido de abate que yo tenía allá por los años 10 y 12?

—¿Qué he de recordar yo?—dijo Claudio, picado y curioso.

—Calma, amiguito—contestó don Gil, poniéndole la mano en el pecho:—¿recuerda usted mi gorro y mis calcetas, un primor de costura y de corte?

—¿Y qué tiene eso que ver con la...?

—Vamos allá. Pues ese traje, ese gorro, esas calcetas, me las hicieron doña Nicolasa y doña Bibiana Remolinos, personas eminentes en el arte de coser, á quienes tendré el gusto hoy mismo de presentar á usted.

—¿Pero qué jerga es esa? ¿Qué demonios tiene eso que ver con lo que te pregunto?

—Usted no cae en la cuenta—contestó el socarrón del abate,—porque no sabe que esas dos señoras viven en la misma buhardilla en que hace diez años vivió la hija del herrero, Josefita Pandero, de quien anduvo tan enamo-

rado el conde de Valdés de la Plata; es decir, en el número 6 de la calle de Belén. Yo anduve en el asunto.

—Ya recuerdo haberte oído contar algo de eso. ¿Pero qué tengo yo que ver con Josefita Pandero ni con esas señoras Remolinos...?

—Usted no comprende lo que quiero decir, porque no recuerda que el conde de Valdés de la Plata, no pudiendo sonsacarle la niña al herrero, que la guardaba como si no fuera mujer, alquiló la casa inmediata, y no paró hasta abrir una comunicación que le permitió profanar el hogar de aquel testarudo Vulcano.

—Ya...

—Pues... mis amigas las costureras viven en el número 6, donde vivió la hija del herrero, y mis amigas las Porreños viven en el 4, donde vivió el conde de Valdés de la Plata; y en resumen, si una puerta, hábilmente hecha, permitió á un caballero pasar del 4 al 6, también abrirá paso del 6 al 4 untándoles las uñas á esas costurerillas, que, dicho sea de paso y en honor de la verdad, tienen para el respunte unas manos que son una gloria.

—Ya comprendo. ¿Y esa puerta existe?

—¡Pues no ha de existir! Yo la he visto. yo respondo de todo: me encargo de averiguar cuándo salen las arpias, de llevar la cartita y de facilitar el paso...

—No es mala idea—dijo el militar,—y, sobre todo, mala ó buena, yo la he de llevar á cabo. ¿Y qué haremos para que esa lechuza de Coletilla no nos estorbe?

—Coletilla no nos estorbará. De lo menos que él se ocupa es de la muchacha, cuyo porvenir no le importa un comino. El no se ocupa más que de...

—¿De conspirar, eh?

—Pues ya. Amigo don Claudio, Elías es hombre fuerte y tiene amistades muy altas. Puede mucho, y así con su humildad y su melancolía es persona que maneja los titeres. Le digo á usted que se va á armar una...

—¿Con que conspiran? Si conspiran los realistas, es seguro que tú estarás con ellos, ¿no?

—Hombre, yo...—contestó Gil maliciosamente,—yo soy hombre de orden, y nada más. Si ando con Elías y me trato con los suyos, es sólo por enterarme de sus manejos, pues...

—Siempre el mismo truhán redomado: nadie como tu ha sabido navegar á todos los vientos.

—Ya sabe usted, señor don Claudio—contestó Carrascosa,—que me acusaron de realista y me quitaron mi destino. ¿Yo qué iba á hacer? ¿Iba á morir de hambre?



Las ideas no dan de comer, amigo. Usted, que es rico, puede ser liberal. Yo soy muy pobre para permitirme ese lujo.

—¡Solemne tunante!

—Lo que hago es estar al cabo de todo. ¿Quiere usted que acabe de ser franco? Usted es buen amigo y buen caballero. Voy á ser franco. Pues sepa usted que esto se lo va á llevar la trampa. Esto se viene al suelo, y no tardará mucho. Se lo digo yo y bien puede creermé. Dice usted que soy un solemne tunante. Bien: pues yo le digo á usted que es un tonto rematado. Usted es de los que creen que esto va á seguir, y que va á haber libertad, y Constitución, y todas esas majaderías. ¡Qué chasco se van á llevar! Le repito que esto se lo lleva Barrabás, y si no, acuérdesese de mí.

—¿Ya empiezan las facciones, eh? Pues es cierto que les darán que hacer, porque los liberales no se maman el dedo, amigo Carrascosa.

—¡Ah!—contestó el otro, riendo como un diablillo.—¿Que no se maman el dedo? Ya verá usted lo que va á salir de aquí. Usted, Bozmediano, arrímese á buen árbol... Mire que se lo aconseja quien sabe lo que son estas cosas... Pero volvamos al otro asunto. En lo concerniente á Clarita, voy á darle á usted un dato muy importante.

—A ver.

—Este Elias tenía un sobrino en Ateca. Clara estuvo allá hace unos meses. El sobrino es joven, decidorcillo, medio galanteador... ¿Necesito decir más?

—Vamos, ya pareció aquello — dijo Bozmediano con mucho interés.—Apuesto á que es su novio.

—Pues ganará usted. Yo estuve en Ateca en aquellos días, y supe que los dos chicos se querían. Me parece que se quieren todavía.

—¡Hola, hola! ¿esas tenemos?—dijo Bozmediano amostazado.—¿Y cómo hasta ahora no me habías dado esa noticia?

—Porque hasta hoy no había sabido que ese chico llegó y está en Madrid.

—¿En Madrid?

—Sí; pero se las compuso de tal modo, que llegar aquí y ser metido en la cárcel, fué todo uno.

—¿Pues qué hizo?

—Es muy aficionado á la política. Allá en Zaragoza hablaba mucho en los clubs. El chico estaba envanecido; llegó á Madrid; sus amigos le llevaron á la Fontana; habló; á la mañana siguiente se mezcló en el tumulto de la

procesion del retrato de Riego: chilló en la calle, alborotó, vino la policia, le echó mano y le llevó á la cárcel, donde está.

—¿Y su tío no procura sacarlo?

—Usted no conoce á esa fiera. Su tío, al saber que el muchacho era exaltado y que la echaba de orador, se puso hecho un veneno, fue á la cárcel, le riñó de lo lindo, y ha roto con él, diciendole que mientras tenga aquellas ideas no parezca por su casa.

—Ese hombre es lo más excéntrico...

—Sí, señor. Pero la pobre muchacha está seguramente pasando las mayores amarguras, y tendrá el corazón tan manito al ver lo que le pasa á su pobre amigo.

Bozmediano permaneció meditando algunos instantes. Después dijo con mucha calma:

«Ya sé lo que tengo que hacer.

—¿Qué va usted á hacer?

—Todo lo posible para que pongan en libertad á ese joven. Estoy seguro de que lo conseguiré.

—¡Hombre, pues es usted lo más raro!... No se comprende—dijo sonriendo y con asombro don Gil.—¿Con que está usted haciendo el amor á la chica, y le va á poner en libertad al novio? Si digo yo que usted es tonto, don Claudio.

—No tengo duda alguna: le pongo en libertad. Veremos cómo ella lo toma. Haremos que sepa que yo le he puesto en libertad, yo.

—Buena la va usted á hacer. Estos entes caballerescos son incomprensibles. Ese muchacho será un estorbo más para nuestro plan, para el escalamiento y...

—No importa: allá veremos. Sobre lo demás, lo dicho, dicho... La carta, alejamiento de las arpias, la puerta del desván...

—Todo presto, todo arreglado. No hay más que hablar. Dios se la depare buena.»

Después de estas palabras se separaron. El ex-abate, al partir, se reía con muy buenas ganas del joven militar, á quien quería servir llevado de miras ulteriores, esperando un ventajoso arrimo en aquella situación política. El otro se dirigió á su casa, pensando á la vez en la repugnante astucia de don Gil y en los peligros de su aventura.

El ardid amoroso que pensaba emplear Bozmediano era cosa muy común á principios del presente siglo, en que se conservaba aun la rigidez de los principios domésticos que habían hecho en tiempos anteriores una fortaleza de cada hogar.



En el siglo XVII, cuando nuestra nacionalidad vigorosa, original y profundamente característica, no había recibido influjo extranjero, los españoles se componían de otro modo: iban a su objeto por medios más violentos, más decididos, más románticos, que indicaban antes la pasión que la intriga; más bien la resuelta actitud del valor que el ingenioso intento de la astucia. Aquel fué el siglo de los raptos del convento, de las escaladas por el jardín, de las fugas, de los atropellos, de los sublimes atrevimientos. Entonces hubo un galán, según dicen (el Conde de Villamediana), que quemó su casa sólo por el placer de sacar en brazos a una dama.

La irrupción de costumbres francesas, verificada con la venida de la dinastía nueva a principios del siglo XVIII, modificó ésta como otras cosas. La sociedad que se imponía a la nuestra era menos grande, menos valerosa, menos apasionada; pero más culta, más refinada, más hipócrita. Con ella vinieron los abates, y vino la literatura clásica, fría, ceremoniosa, falsa, hipócrita también. La poesía pastoril, último grado de la hipocresía literaria, tuvo un renacimiento funesto en el siglo pasado. Al compás de los madrigales, los abates hacían el amor callandito en los salones. Los amantes, que componían versos de casto ó insípido pastorileo, no podían entrar en las casas como aquéllos a quienes encubría su dignidad, y entraban disfrazados ó empleando los más extravagantes y rebuscados medios.

Con la sociedad nueva vino la moda nueva. Ésta trajo las pelucas blancas, los peinados complicados ó hiperbólicos; y con el artificio de estos peinados se creó el peluquero de las damas, hombre gracioso que entraba en todos los tocadores, y era tercero en toda intriguilla de amor.

Ningún siglo ha visto, como el décimotercero, la astucia sirviendo al amor. Veíase a los amantes arrojando la ridiculidad de situaciones muy raras para poder hablar con sus damas. La casa era invadida; pero no como la invadían nuestros caballeros del siglo anterior, espada en mano, batiéndose con una turba de criados y dos docenas de alguaciles, sino astuta y solapadamente, engañando a las familias, abusando de la confianza ó encubriéndose con un disfraz ingenioso y á veces grosero.

En 1824 estos procedimientos estaban aún en boga, y Bozmediano era maestro consumado en el asunto. Conocía el resorte de los barberos, de las terceras, de los abates, siendo muy diestro en el uso de disfraces, engaños

y supercherías amables, como entonces se llamaba á estas cosas. Si no pudo emplearlos en la aventura que le vemos emprender, á causa de las singulares costumbres de las tres señoras, no fué culpa suya; y sólo á los obstáculos y dificultades que presentaba el terreno, se debió, como él decía, que empleara medios un poco más violentos.

## CAPÍTULO XXI

### ¡Libre!

Ante todo, Bozmediano, guiado por un sentimiento fácil de comprender, resolvió firmemente hacer cuanto en su mano estuviera para poner en libertad al pobre Lázaro. Servir al que podía considerar como su rival, le parecía un acto que podía asegurarle la benevolencia de Clara; y esta benevolencia, bien y astutamente dirigida, podía convertirse en amor. No procedía éste como los amantes vulgares, en quienes la pasión no es más que un egoísmo un poco espiritualizado. En Bozmediano los movimientos de delicadeza y generosidad eran espontáneos y vehementes.

No le fué difícil conseguir lo que apetecía. El secretario del jefe político, informado por la policía, le dijo que el preso era un agitador, pagado por los amigos de la reacción; pero Claudio lo disculpó cuanto pudo, diciendo que era un joven sin experiencia ni juicio; y al fin, después de muchos empeños y recomendaciones, se dió la orden para ponerle en libertad.

Bozmediano se dirigió á la Cárcel de Villa. Lázaro, después de la visita de su tío, había caído en lúgubre abatimiento. Aquella fiebre angustiosa que llenaba la imaginación de alucinaciones terribles, haciéndole sufrir tan grandes tormentos, había degenerado en lento marasmo, en un letargo moral que le embrutecía. Su inteligencia, tan viva y brillante en otras ocasiones, estaba adormecida; y recostado en un rincón, con la vista fija en el ángulo opuesto, sus ojos buscaban la obscuridad como único descanso. El descuido, el abandono, la atonía y un sopor estúpido se pintaban en su actitud.

Cuando le notificaron que estaba libre, tardó mucho en



adquirir la completa noción de aquel cambio. Rehaciéndose un poco, creyó que á su tío debía semejante favor, con lo cual la persona de Elías ganó momentáneamente su afecto. Pero al salir encontró á Bozmediano que le saludó con mucha cortesía, repitiéndole que estaba libre y podía retirarse á su casa.

Sintióse conmovido ante la generosidad desinteresada de aquella persona; pero pronto empezaron las dudas y la confusión. ¿Quién era aquel joven? ¿Le había favorecido por generosidad ó por miras ocultas? No le conocía. ¿Por dónde sabía su nombre y que estaba preso?

Lázaro no pensó mucho en esto. Hablaron al salir, y le pareció que Bozmediano era bueno y honrado, dispuesto á la amistad y á las buenas acciones. Cuando marchaban juntos por la calle de Atocha, el aragonés escuchaba las palabras de su desconocido favorecedor con la tranquila atención de la inferioridad; admiraba sus maneras, su entendimiento, su fisonomía, su modo de expresarse, y en aquel momento le pareció el más cumplido caballero que había visto. Comprendió también que era un joven distinguido, rico é influyente, y su admiración tuvo mucho de respeto.

«Pero á qué circunstancias debo este gran favor que usted me ha hecho?—decía Lázaro.—Quiero saber cómo podré pagar...»

Claudio, que quería eludir el verdadero motivo de aquel acto, divagó, dando á Lázaro una porción de señas que aumentaron su confusión: le habló de don Elías, de su pueblo, del club de Zaragoza, de la *Fontana*.

«En fin—dijo, decidido á salir del atolladero:—no quiero llevarme el mérito de una acción que no debe usted agradecerme. Cada cosa en su lugar. Yo le he puesto á usted en libertad; pero no he sido más que un intermediario.»

Lázaro comenzó á ver obscura la situación. Paráronse, y se miraron. La sonrisa que en aquel momento se dibujó en los labios de Claudio, le pareció al otro cosa de muy mal agüero, y empezó á bajar á su favorecedor del alto pedestal en que le había puesto.

«Sí—continuó el militar:—no es á mí á quien debe usted este favor; es á una persona que debe de querer á usted mucho, según las apariencias.»

Lázaro iba á pronunciar el nombre de Clara; pero se contuvo, porque multitud de pensamientos que se le agolparon á la imaginación, le hicieron detener un buen rato fija la vista en el militar. Aquel tropel de pensa-

mientos fué una serie de rapidísimas nociones que se borraban unas á otras, sucediéndose con precipitado vértigo. Ella le conocía, le había visto; Bozmediano era una agradable persona: éste le había puesto en libertad; ella se lo rogó tal vez; ella le tenía lástima; él quiso complacerla. ¿A qué precio? ¿Con qué fin? ¿Desde cuando?...

Por fin el aragonés se atrevió á preguntar quién era la persona á quien debió su libertad.

«Vamos—dijo Bozmediano con cierta vocecilla imperitante.—Bien sabe usted lo que quiero decir. No es necesario pronunciar su nombre. Es natural que se haga usted el desentendido. Como halaga tanto su amor propio el ser querido por persona de tanto mérito... No sea usted ingrato, joven, que ella no lo merece.»

—No sé lo que quiere usted decir,—manifestó Lázaro en el tono de un examinado desaplicado que se hace repetir la pregunta por retardar la contestación que no sabe.»

Bozmediano habló más; pero vino á decir lo mismo. A Lázaro le parecía un agravio inferido á Clara el publicar su afecto, el depositar tan honesta y delicada confidencia en el conocimiento de un intruso, si; porque Bozmediano era un intruso, que se había metido á darle libertad sin que nadie se lo pidiese.

«Bien sabe usted á quién aludo—dijo Claudio, dándole una palmada en el hombro con llaneza y confianza;—pero como usted está tan orgulloso con ser novio de esa joven, se da usted ese tono.»

—¡Oh! no—replicó el sobrino de Coletilla avergonzado.—La verdad es que no sé quién es esa persona que usted dice.»

Bozmediano estrechó la mano del joven aragonés y le hizo muchos ofrecimientos y protestas de amistad. El otro estaba tan aturdido, que le contestó mal y con poca cortesía.

«Sé dónde usted vive—dijo Claudio retirándose:—nos veremos. Y si no en la *Fontana*, á donde voy con frecuencia.»

Y se separó. Cuando estuvo á alguna distancia, Lázaro sintió impulsos de correr hacia él para darle las gracias con mayor respeto; pero en él luchaban el orgullo y los celos. Le dejó marchar sin decir nada.

Bozmediano iba diciendo entre sí con mucha satisfacción:

«Muy vulgar, muy vulgar...»



## CAPÍTULO XXII

## El «via-crucis» de Lázaro.

Lázaro continuó andando sin dirección fija. Su brusca y misteriosa salida de la cárcel, el conocimiento de Boz-mediano y el aturdimiento producido por sus palabras, le impidieron por algún tiempo darse clara cuenta de su difícil y rarísima situación. Pero cuando se vió solo y anduvo un buen rato, empezó á comprender que no tenía á dónde ir, ni á quién dirigirse, ni con quién vivir. Las palabras dichas por el viejo no le dejaban duda respecto á su carácter. Era un realista fanático, un ciego amante de la tiranía. Con los ojos encendidos de cólera y el habla venenosa y fuerte, le había dicho que no fuera á su casa mientras no cambiara de ideas. ¿Qué hacer? Era imposible vivir con aquel hombre misántropo y cruel, melancólico y feroz como un fanático musulmán. ¡Cuán contrarias las ideas de uno y otro! ¿Qué podía hacer? ¿Fingir y ser hipócrita? ¿Aparentar un amor á la tiranía que le parecía criminal? «No: eso no puede ser,» pensaba Lázaro. Además, en la agitación actual de los partidos, fingir semejantes ideas era peor que profesarlas. El viejo no podía admitirle en su casa. Entonces, ¿qué determinación debía tomar? ¿A dónde iba? ¿Volvería á Ateca? ¿Y Clara?

Al acordarse de su infortunada compañera, los pensamientos del joven tomaron otro sesgo. La idea de los pesares de aquella infeliz, condenada á vivir con un sér tan antipático, principió á atormentarle. Era preciso ir allá y ver lo que pasaba en la casa. ¿Pero cómo, si era imposible visitar á su tío?

¿Iba ó no iba? La necesidad le apremiaba. Estaba solo, agobiado de extenuación, hambriento y desnudo. Doce cuartos era toda su fortuna; porque en el camino había perdido un doblón, y los gastos de viaje consumieron el otro. Entre tanto se acercaba la noche y no tenía dónde dormir. Si acudía á casa de sus amigos, temía no encontrarlos tan benévulos como la noche anterior. Además, eran pobres, tan pobres como él, y no podían darle agasajo.

Era preciso ir. También se le ocurrió tomar el camino de su pueblo y volverse allá. Conocía un arriero en el parador, que le llevaría de fiado. Pero ¿y Clara?

Estos eran sus pensamientos cuando acertó á pasar por la *Fontana*. Sintió gran algazara, paróse maquinalmente y tuvo intenciones de entrar. «No—dijo dominándose,—no entraré.» Y al mismo tiempo dió un paso hacia la puerta.

Sin embargo, atracción fatal le arrastraba hacia aquel recinto, abismo de sus primeras y más bellas ilusiones. Los sonidos que allí dentro se oían retumbaban en su cerebro como ecos infernales de singular fascinación.

Retrocedió, volvió á avanzar, se consultó, discurrió mentalmente, y al fin, uniendo la curiosidad á su instintivo deseo de entrar, no dudó más y entró.

Estaban en una discusión muy acalorada. Por todas partes se alzaban voces, lo mismo en la región turbulenta del público que en la del club. El que estaba en la tribuna logró dominar el ruido y pudo hacerse oír; pero bien pronto los gritos ahogaron de nuevo su voz. Trataba de la vergonzosa derrota que habían sufrido los exaltados ante la autoridad de Morillo, y algunos habían llevado esta cuestión á un terreno personal. Celosos del decoro de la sociedad y del buen nombre del partido, algunos oradores denunciaban á los infames que, disfrazados con el nombre de liberales, iban á corromper á aquella asamblea, á hacer vergonzosos tratos en nombre del Rey, á comprar la elocuencia exaltada y á promover alborotos que no tenían otro objeto que desprestigiar el liberalismo y dar armas á la reacción.

«¡Lobos—decía el orador—disfrazados de cordero, que vienen aquí fingiendo un amor á la libertad que no tienen! ¡Ofrecen oro á los oradores en pago de un discurso que exalte los ánimos de la multitud ignorante!

—Si: esos infames—decía otro orador,—son los que preparan las asonadas y los que apedrean las casas de los Ministros. El objeto de esta asociación es sostener una cátedra permanente de las buenas ideas, dirigir los sufragios; pero nunca patrocinar el libertinaje, ni el escándalo, ni la anarquía.

—No—gritó otro orador, en quien se fijaban las miradas de todos, y que se levantó lleno de ira á protestar contra las palabras anteriores.—No: aquí no hay traidores. Los que tal hacen no pertenecen á la raza de los humanos: no creo en ellos, y si los hay, que se digan sus nombres. Sepámos quiénes son; conozcámonos.



—¡Que se digan los nombres!—repitieron cien voces.

—Es preciso—decía el primer orador,—purificar esta noble asamblea. Mereced á los infames que la han corrompido, corren por la Corte injuriosas calificaciones de nosotros y de nuestro club. ¡Que esos infames salgan de aquí!

—¡Que se digan sus nombres!—respondió la multitud con un rugido.

—No—decía otro:—esa especie de hombres no existe.

—Sí existe—exclamó exasperado el primero.—Frecuentan este sitio personas que vienen á pagar con el oro del Rey el frenesi oratorio que enloquece al pueblo.

—¿Quién! ¿Quién!

—¿Quién de nosotros—continuó el orador,—no conoce al llamado Coletilla? Es un realista fanático, un malvado agente de la *casa grande*. ¿No le conocéis? Este hombre es una culebra que se desliza entre nosotros para corromper á los oradores jóvenes. Yo sé que muchos han recibido dinero en cambio de discursos muy calurosos. Las asonadas absurdas que vemos todos los días, ¿a qué se deben? No lo dudéis: ¡brid los ojos, ciegos! Se deben al oro de Fernando de Borbón, al oro repartido por ese hombre insidioso, por ese Coletilla.

—¿Quiénes son los venales? Sepámoslo.

—Desconfiad de los autores de asonadas.

—Ese es algún amigo del Gobierno,—exclamó señalando al orador un individuo que estaba en la parte del público.

—¿Amigo del Gobierno?—dijo el orador indignado.—

¿Por qué? ¿Porque amo la libertad sin licencia, la petición sin escándalo? Vosotros amáis la anarquía y cedéis á la venalidad. Me dirijo á los aragoneses, que en este sitio se distinguen por su lenguaje procaz y su amor á los alborotos.

—¿Qué se atreve usted á decir?—exclamó Núñez levantándose como una furia y apostrofando al primer orador.

—¿Qué injuria dirige usted á mis amigos, á mí!

—Sí, señores—gritó el otro:—desconfiad de los aragoneses. Un aragonés agitó las turbas el día de la procesion del retrato.»

Algunos miraron á Lázaro que, mudo y helado, presenciaba aquella escena.

«Y no lo dudéis—continuó el orador.—El que habló en aquella ocasión era un vil instrumento de los agentes del Rey.

—¿Es éste! ¡Aquí está!—exclamó uno, señalando á Lázaro á la atención de toda la asamblea.

—Sí: el sobrino de Coletilla.

—¡Sobrino de Coletilla! ¡Sobrino de Coletilla!—repitieron muchas voces.»

Tumulto espantoso resonó en todo el ámbito. Todos se levantaron y miraron á Lázaro.

«¡El que habló la otra noche excitando á la rebelión!

—¡Alborotador de la Plaza Mayor!

—¡El sobrino de Coletilla!»

Estas últimas palabras eran el mayor padrón de deshonra. Núñez se levantó á defender á su amigo; pero no pudo: su voz no fué escuchada. Muchos que temían verse acusados, en cuanto vieron el aluvión que sobre Lázaro caía, descargaron sobre él toda su ira.

«¿Cuánto te dieron por los gritos del día de la procesion, prendita?—exclamó desde el rincón el augusto Calleja.

—¡Fuera con él!

—¡Fuera los traidores, fuera!

—¡A la calle, á la calle!»

Lázaro trató en aquel momento supremo de desesperación de reunir todo su aplomo para hablar, para defenderse, para gritar, para decir á todos que era inocente, que era un infeliz, un pobre diablo, el último de los seres. No le escuchaban. No podía hablar, ni para defenderse, ni para despreciarlos: se doblegó bajo el peso insuperable de tanta mirada y de tanta cólera. La multitud redobló su furia al ver el estupor y la postración de su víctima, y tras las palabras vinieron los movimientos: le mandaron salir, le empujaron hacia la puerta, le echaron. El círculo en que le tenían se estrechaba cada vez más; el desdichado joven vió cien manos sobre su cuerpo; se sintió cogido, como si una culebra se le enroscara echándole fuertes nudos y apretándole en sus robustos anillos. El vocerío, el calor, la angustia, la vergüenza, le aturdieron hasta el punto de hacerle perder la claridad del conocimiento. Sintióse arrastrar sin ver quién le arrastraba; fuerzas descomunales tiraban de sus puños, le golpeaban la espalda, le impelían hacia fuera, sintió abrirse la puerta con estrépito, sintió que su cuerpo recibía una fuerte sacudida, sintióse arrojado y libre de aquellos brazos terribles; cayó al suelo. El ruido continuaba en torno suyo, formado principalmente de carcajadas infernales; pero al fin el ruido se alejó poco á poco: el infeliz comenzó á experimentar el dolor de la caída y el frío de la tierra. Estaba en la calle.

Permaneció en el suelo algunos minutos sin darse clara cuenta de aquel hecho, y el sudor que le cubría su ros-



tro le produjo una impresión glacial. Entonces adquirió conocimiento exacto de su situación, y vió que estaba en el suelo, con la espalda apoyada en la pared, inclinada la frente, caído y revuelto el cabello. El sombrero rodaba á su lado, su ropa estaba desgarrada y sentía un dolor agudísimo en el codo izquierdo, duramente estropeado en la caída. El ruido de la *Fontana* resonaba como enjambre lejano: á los gritos se unían las palmadas, y una voz agitada y sonora se elevaba á ratos sobre aquella tempestad de entusiasmo.

Lázaro vió en torno suyo á tres pilletes que le contemplaban con burla, y uno de ellos atisbaba una ocasión oportuna para quitarle el sombrero. Los transeúntes principiaron á formar corro, y alguno llegó á inclinarse con curiosidad para ver si el caído estaba difunto ó simplemente desmayado. Levantóse, porque aquella curiosidad impertinente le molestaba tanto como el rumor que de la *Fontana* salía, y se alejó de allí, dirigiéndose á la Puerta del Sol. Los gateras le seguían, acompañados de algunos más; los serenos le dirigían de lleno la luz de sus linternas, y los transeúntes se paraban mirándole alejarse, seguros de que no era difunto ni estaba desmayado, sino simplemente borracho.

Subió la calle de la Montera, y preguntó por la calle de Valgame Dios, porque había resuelto dirigirse á casa de su tío. Ya no dudaba: su determinación era fija, y en aquel angustioso trance, la casa del fanático, en cuya puerta había de dejar sus creencias, sus sentimientos, le pareció un refugio de paz.

Después de todo, los pocos días pasados en Madrid habían sido continuado martirio, y la idea de la apostasia que en casa del realista se le obligaba á hacer, no le molestaba tanto. Estaba herido de muerte en la imaginación, es decir, flaqueaba por su parte más poderosa. Ya no era aquel joven ardiente que se creía destinado á grandes fines; era un pobre desheredado sin vigor de espíritu, sin esperanza y sin ideas. No sabía lo que pensaba, no podía medir la inmensidad del trastorno que su pariente le exigía, no estaba resuelto sino á echarse en brazos del primero que fuera capaz de consolarle.

Llegó por fin, después de preguntar mucho, á la calle de Valgame Dios. Vió el número de la casa, miró á las ventanas del segundo piso y había luz en las habitaciones. Sin duda estaba allí Clara cansada de esperarle, desconfiada de verle otra vez. Entró en el zaguán y subió la escalera tan agitado y palpitante, que al llegar á la puerta

se detuvo porque apenas podía respirar. Después de algunos segundos, en que trató de reponerse, alargó la mano, tomó el cordón de la campanilla y tiró muy suavemente, porque le parecía que iba á incomodar á su tío y á alarimar á Clara si tocaba más de lo necesario para hacer constar en el interior la presencia de un forastero. Pero la suavidad con que tiró su mano temblorosa fué tal, que la campanilla no sonó. Quiso hacerlo con más energía, y como estaba tan nervioso, tiro tanto que la campana atronó la casa. Lázaro se asustó, creyendo que Elías iba á salir hecho una furia, clamando contra el que así alborotaba. Largo rato pasó sin que nadie abriera; pero al fin distinguió alguna claridad al través del ventanillo; sintió pasos; una mano descorría la tabla, abrióse el agujero y aparecieron dos ojos.

No eran los de Clara.

«¿Quién?» dijo desde dentro la voz de Pascuala.

Lázaro preguntó por su tío.

«Sí; pero no está.

—¿Vendrá pronto? Soy su sobrino.»

Pascuala abrió la puerta y Lázaro dió un paso hacia adentro, sorprendido de no oír la voz de Clara.

«No vendrá ni pronto ni tarde, porque se ha mudao,— contestó la alcarreña.

—¿Cómo?

—Como que se ha mudao hoy mismo. Yo estoy aquí todavía, porque quedan algunas cosillas y el ropero grande, y estoy aquí *pa* cuidarlo; pero mañana me voy.

—¿Y á dónde se ha mudado?

—Aquí cerca, en la calle de Belén, en casa de unas señoras que llaman de Porreño, que le han *cedido* el cuarto segundo *pa* que viva solo.

—¿Y Clara?—preguntó Lázaro con mucha ansiedad.

—Esa hace ocho días que está allá viviendo con las señoras. El amo la puso allí porque se *enfió* con ella.

—A ver, á ver, ¿qué es lo que dices?

—¡Ah! ¿pero usted es sobrino del amo?

—Sí.

—Usted es aragonés. Dígame: ¿conoce por casualidad en Cariñena á Ventura Palomino, hermano de Jusepe Palomino, que casó con Colasa Sanahuja?

—No—contestó Lázaro impaciente:—no soy de Cariñena.

—¿Y sabe usted si ha *parío* la mujer de Antón Telares, hermano de mi novio Pascual, con quien me voy á casar la semana que entra, si Dios me ayuda?



—No sé, hermana; no conozco á esa gente. Pero diga usted, ¿por qué ha ido Clara á vivir con esas señoras?

—¡Ah!—dijo la alearreña riendo con mucha gana:—no me acordaba de que era usted su novio. El amo la mandó allá, porque decía que no la podía aguantar... pues... le diré á usted... el amo es así, un poco... Decía que era una niña como las del día, que era muy sardesca... Pero ella es muy buena, y no sé cómo la pobre no se ha podido de tristeza en esta casa.

—¿Y salió con gusto de aquí?

—A la verdad, caballero... el amo tiene un genio, así... vaya. Las dos nos quedábamos muertas de miedo siempre que le veíamos entrar. No nos hablaba nunca, y de noche, después de acostarnos, le sentíamos dando unas patadas.

—¿Y por qué la mandó á casa de esas señoras?

—Vea usted, yo le voy á decir la verdad, porque es de la casa. Había un *melitarito* que se metió un día en casa, porque vino acompañando al amo, que fué herido en la calle. Después pasaba todos los días por ahí, y siempre que me encontraba en la calle me paraba *pá* preguntarme por doña Clarita. ¡Ay! un día me vió mi Pascual hablando con él, y por poco... mi Pascual tiene un genio del demonio, y cuando se *enfua*... usted no supo cómo le pegó de cachetines al carnicero de ahí enfrente... Luego, como es una así... tan guapetona...

—Siga lo que iba contando: después sabremos lo que hace el señor Pascual,—dijo Lázaro, impaciente por las digresiones de la criada.

—Pues decía que el *melitarito*, ofreciéndome dinero, quería colarse aquí.

—¿Y entró?...

—Espere usted y seguiré contando. No pasaba de la esquina, y el amo le alcanzó á ver algunas veces. Porque el amo, aunque parece que no ve nada, lo *oserva* todo.

—Y ella, ¿qué decía?

—Espere usted... El me decía que quería entrar.

—¿Y qué decía él de ella?

—Que era muy guapa para estar aquí encerrada sin ver el mundo; que era una lastima que una mujer así viviera en compañía de un viejo tan feo y tan... Decía: «yo la sacaré de aquí.»

—¿Y ella sabía que él decía eso?

—Sí: él mismo se lo dijo.

—Luego estuvo aquí,—exclamó Lázaro con mucha ansiedad.

—Espere usted.

—Y ella, ¿qué decía de él?

—Que era una persona amable y de muy buen trato; que era buen sujeto y caballero muy cumplido. Un día se nos metió aquí. ¡Jesus, qué susto!

—Y ella, ¿qué hizo?

—Le dijo que se fuera.

—¿Y se fué?

—Cá: aquí estuvo hablando mil cosas.

—Y ella, ¿qué le decía?

—Que se fuera, porque la iba á comprometer; que si era verdad que se interesaba por ella, se marchara al momento, no dando lugar á que le vieran allí.

—Y él, ¿qué dijo?—preguntó Lázaro, que no cabía en sí de zozobra.

—Mil cosas, mil mocerías. Lo cierto es que el amo entró y le vió. Se enfadó mucho, nos rió mucho.

—Y á él, ¿qué le dijo?

—Nada. A nosotras nos estuvo riendo todo el día. Después le dijo á doña Clarita que era una loca; que ya estaba *cansao* de sus coquetearías... cosas del viejo, porque ella, la pobre... por fin le dijo que la iba á mandar á casa de esas tres viejas para que la corrigieran y la enseñaran á buen vivir.

—Pero ¿por qué causa mi tío la llama loca? ¿Qué ha hecho?

—*Naa*; pero el amo dice que las ideas del día...

—¿Y qué más le dijo?—preguntó Lázaro, que no se cansaba nunca de las terribles respuestas de aquel fatal interrogatorio.

—Que debía aplicarse á la oración y á una vida santa.

—¿Y ese militar no la ha vuelto á ver más?

—Estos días le he visto rondando por la calle de Belén, y yo... me figuro...

—¿A ver? ¿Qué se figura usted?

—Me figuro... El *melitarito* es muy pillo... apuesto á que se ha colado allá.

—¿Y usted no conoce á esas tres señoras?—dijo Lázaro, tratando de disimular la mala impresión que la anterior respuesta le había producido.

—No: el amo decía que son buenas, y que una es santa.

—¿Dónde viven?

—En la calle de Belén, número 4. Su tío vive en la misma casa. Ya las conocerá usted.

—Diga usted—preguntó Lázaro, después de una pausa, en que dudó si marcharse ó prolongar más aquel coloquio



doloroso;—diga usted, ¿ese militar es un joven alto, con bigotes negros?...

—Sí: un poquito más alto que usted; tiene una voz muy clara, y anda con mucha gracia, y se ríe con mucha gracia.

—¿No sabe usted cómo se llama?

—No, señor: lo iba a averiguar; pero como mi Pascual es tan celoso, tuve miedo. ¡Ah, qué hombre! Cuando se enfaa...

Lázaro estuvo un momento silencioso contemplando la bárbara efígie de aquella mujer, oráculo de su desventura. Después se hizo repetir las señas de la nueva casa, y salió.

Ya la determinación de ir allí era inquebrantable, y antes hubiera muerto que dejar de hacerlo. La curiosidad, los celos, la necesidad de encontrar una solución a aquella serie precipitada de dudas, le impulsaban hacia la nueva casa. ¿Y la abjuración exigida? Casi no pensaba ya en tal cosa. Sin duda alguna podía asegurar que el militar, de quien le habló Pascuala, era el mismo que le acababa de poner en libertad. ¡Nuevo y doloroso misterio! Hubiera dado muchos días de vida por saber todo con claridad, y al mismo tiempo se horrorizaba al pensar que iba a saberlo. La idea de la deslealtad de Clara, de su deshonra, era demasiado grande en su horror, y no le cabía en la cabeza. Lo que más le confundía era la extraña rapidez, la fatal impaciencia con que se precipitaban sobre él tantas contrariedades, tantas amarguras, que no le daban tiempo para buscar aliento y esperanza en su inteligencia y en su corazón.

Entró en la casa, y subió lentamente la escalera de la casa del siglo decimoctavo. No pudo prescindir de una sensación de respeto hacia aquellas tres damas, desconocidas todavía para él, que le parecían tres perfectos modelos de virtud. Tocó, y le abrió una de ellas. La decoración le afectó un poco: los retratos históricos de la antecámara le miraron todos con sus ojos apolillados. Lázaro tuvo miedo. Precedido por Paz, atravesó por entre aquellas sombras que la débil luz del pasillo hacía más misteriosas, y entró en la sala.

## CAPÍTULO XXIII

## La Inquisición.

Quando Coletilla, después de instalado en el piso segundo, manifestó a las señoras la probabilidad de que su sobrino fuese a vivir con él, Salomé se quedó un poco pensativa; pero María de la Paz dijo que no había inconveniente, supuesto que el joven, bajo la vigilancia y tutela de su tío, habría de tener el comedimiento y la dignidad que aquella casa imponía a sus habitantes.

Lázaro, precedido por María de la Paz, entró en la sala. Lo primero que vieron sus ojos fué a Clara, que estaba sentada junto a la devota, y cosía con la cabeza baja, sin atreverse a mirar a nadie. Vió su turbación y su empeño en disimularla. Después miró a todos lados y vió a su tío, respetuosamente sentado al lado de Salomé, cuyos reales estaban plantados al extremo oriental de María de la Paz. Lázaro les vió a todos inmóviles, como figuras de palo: todos le miraban, excepto Clara, la cual insistía en acercar tanto los ojos a su labor, que era difícil comprender cómo no se sacaba los ojos con la aguja.

Elias miró a Lázaro con asombro. Paz con asombro, Salomé con asombro, todos con asombro, y él mismo llegó a creer que era un fantasma evocado, el temeroso espectro del sobrino de Coletilla. Salomé le indicó una silla con el dedo en que tenía las sortijas, y Paz le dijo con el registro de voz más desdenoso y augusto:

«Sientese usted, caballero.»

Quando el joven dijo «gracias, señora,» su voz resonó débil y dolorida, anunciando tanto sufrimiento y postración, que Clara no pudo menos de alzar los ojos y mirarle con súbita impresión de interés. Le encontró muy pálido y abatido; comprendió lo que el infeliz había pasado en aquellos días, y necesitó todo el esfuerzo de que su alma valerosa era capaz para no echarse a llorar como una tonta en presencia de aquellas tres rígidas damas y del furibundo Coletilla.

«Ya estas señoras saben lo que has hecho al llegar a Madrid,» dijo Elias a su sobrino con mucha severidad.